

VOCES DE LA VALENTÍA: MUJERES EN PRIMER PLANO

RECAMARERAS

No. 5, Abril 2020



Voces de la valentía: Mujeres en primer plano es una publicación de Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.

Ana María Hernández Cárdenas
Yesica Sánchez Maya
Pilar Muriedas Juárez
Equipo Directivo

Nallely Guadalupe Tello Méndez
Redacción

Ana María Hernández Cárdenas
Edición

Fotografías tomadas de internet
Fotografía

**Consorcio para el Diálogo
Parlamentario y la Equidad Oaxaca
A.C.**

Dirección: Pensamientos No. 104,
Col. Reforma, Oaxaca, México. C.P. 68000
Teléfono: (01 951) 132 89 96
<http://www.consorciooaxaca.org.mx>

Opiniones, comentarios y sugerencias:
contacto@consorciooaxaca.org.mx
Se permite la reproducción total y parcial de
este documento siempre y cuando se cite la
fuente.

Abril, 2020



*Estoy segura que mi madre
pensó en mí con odio y
ternura mientras limpiaba
excusados, vómito, manchas
de sudor y fluidos; los espejos
para cuerpos por venir.
Tengo una deuda con ella,
por su espalda cansada de
barrer alfombras y arreglar
camas de paso.*

EDITORIAL

En la ciudad de Oaxaca hay 334 hoteles y cuatro moteles, que generan un total de 3,344 empleos directos¹, en su mayoría, sin duda, ocupados por mujeres recamareras que, aunque sean invisibilizadas, sostienen en gran medida al sector hotelero de esta ciudad turística.

En enero de 2020, el titular de la Secretaría de Turismo del Estado (Sectur Oaxaca), Juan Carlos Rivera Castellanos, señaló que “En 2019 Oaxaca alcanzó una derrama económica de 8 mil 529 millones de pesos; superando en un 23.89% la generada en el 2018 [...] Estas cifras corresponden al registro de todos los hoteles de 5 a 1 estrellas y sin clasificación; pero si consideramos únicamente la muestra de DATATUR avalada por la Secretaría de Turismo Federal que monitorea sólo los hoteles de 5 a 1 estrellas, la ciudad de Oaxaca registró el 50.85% de ocupación, cifra que no se registraba desde hace más de 20 años, desde 1998, cuando la Ciudad contaba con 3 mil 849 cuartos, 35.78% menos comparado con la oferta actual de 5 mil 993 habitaciones en estas categorías”².

Quizá no nos habíamos preguntado por estas mujeres: las recamareras ¿quiénes son? ¿Cuánto ganan? ¿Qué impactos tiene en su cuerpo el trabajo que realizan?

1. Respuesta del 14 de agosto de 2019 por parte de la Secretaría de Turismo a la solicitud No. 679719.

2. En 2019 registra Oaxaca crecimiento del 6.53% en afluencia turística y 23.89% en derrama económica: Sectur en <https://www.oaxaca.gob.mx/comunicacion/en-2019-registra-oaxaca-crecimiento-del-6-53-en-afluencia-turistica-y-23-89-en-derrama-economica-sectur/> Consulta realizada el 7 de abril de 2020.

¿Alguien sabe que ellas son empleadas con frecuentes afectaciones en vías respiratorias por su constante contacto con el agua o con ácidos para garantizar la “pulcritud” de los sanitarios? Pero, ante la crisis económica, derivada del Covid 19, debemos voltear a ver a sectores tradicionalmente invisibilizados pues ahí se sentirán con mayor fuerza y rapidez los impactos de esta pandemia. Nos dice Verónica Gago: “Los trabajos ‘más bajos’ en términos de reconocimiento son, sin embargo, los más explotados por la estructura global...”³

Quien nos narra su historia –y a quien le hemos cambiado el nombre por cuestiones de seguridad- nos contaba: “yo les digo a las mujeres que van llegando a trabajar, “esto es un quehacer igualito que el que hacemos en casa: barrer, trapear, limpiar...” quizá por ello, este empleo feminizado, puesto al servicio de lo “público” en los hoteles y moteles ha sido igualmente invisibilizado como el trabajo doméstico que realizamos en nuestros hogares.

Les invitamos a leer este Voces de la Valentía dedicado a “Las Recamareras”, mujeres quienes aportan su fuerza de trabajo para sostener la industria hotelera oaxaqueña y que conocen a fondo los rincones de distintas habitaciones de hoteles y moteles aunque nunca hayan sido huéspedes.

3. En La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo, ed. Tinta Limón, Argentina, 2019.

Mi espalda -en particular mi cintura-, mi hombro derecho y mis rodillas me duelen constantemente. Sin contar que varias veces al año tengo gripas. Demasiado tiempo agachada, barriendo, trapeando, limpiando camas, lavando baños. En el Seguro Social todo lo quieren resolver con diclofenaco y naproxeno. No hay más. Llevo mucho tiempo tomando esas pastillas para desinflamar y quitar los dolores pero mi estómago empieza sus reclamos. El cuerpo paga un precio muy alto por este trabajo tan pesado y mal pagado.



El hotel, mi primer empleo

Mi nombre es Eva, me separé a los 27 años. Tenía que trabajar para sacar a mis dos hijos adelante –una niña de 8 y un varoncito de 3-. Salí de casa de mis padres para irme a vivir con mi marido. Apenas terminé la secundaria y lo único que sabía hacer cuando él se fue, era limpiar, por eso busqué un empleo en un hotel del centro de la ciudad. Me iba bien. El sueldo era más o menos pero lo que compensaba eran las propinas y los objetos olvidados. Calcé a mis hijos varias veces

con los zapatos de algún “gringuito” que vino de vacaciones y al que sus padres le compraron huaraches típicos que ocuparon el lugar de los viejos zapatos en la maleta.

Trabajé como diez años ahí pero la verdad me cansé. Tenía que viajar todos los días alrededor de una hora

y media y quería estar más presente en la vida de mis hijos, quienes me reclamaban muchas veces no estar en sus festivales del día de las madres o del cierre del ciclo escolar. Lo que no saben es que me negaron el permiso para faltar, u otras

veces tuve miedo de pedirlo y que, en varias ocasiones, necesitaba trabajar porque el dinero no nos alcanzaba. Nunca es fácil ser madre soltera. A lo primero que yo me enfrenté fue al cuestionamiento ¿Por qué se fue ese hombre, qué le hiciste? Como si yo tuviera la culpa de que mi exmarido hubiera sido un cabrón hecho y derecho; luego todo el tiempo sentía que tenía que demostrar que a pesar de todo, yo sabía cómo educar a mis hijos para que no fueran groseros y maleducados

y, la verdad, es que a veces no sabía; viví unos años en casa de mis padres y, ni modo de no llevar aunque fuera un pan para compartir con todos, aun cuando mi salario a veces solo me daba para mi pasaje y el recreo de mis niños; y además la “vigilancia” de que no la fuera a “regar” de nuevo. Si venía un poco más tarde del trabajo mis papás y hermanos me decían que “ojalá anduviera de cabrona buscándome otro chamaco”. Demasiadas miradas sobre una. Demasiadas responsabilidades también.

Aun así, puedo decir que tuve la suerte de tener varias hermanas, cuando no podía ir a una reunión escolar o llevar al doctor a mis hijos, alguna de ellas lo hacía. Eran ellas quienes les deban de comer y les veían al volver de la escuela. Mis niños tuvieron, por lo menos, tres madres y eso es algo que yo agradezco, porque no todas las mujeres tienen a otras mujeres de confianza que les ayudan en la crianza de las hijas y los hijos y les tienen que dejar encerrados en sus cuartos o con gente que no conocen porque son vecinas o vecinos de lugares a donde llegan a rentar. Sé que eso lo han hecho varias de mis compañeras y que viven con el “Jesús en la boca” de que nada malo les pase a sus hijos mientras ellas se ganan el pan; quienes como yo, y a pesar de que este trabajo de recamarera es muy pesado, llegan a casa a limpiar, hacer de comer y a lavar. El quehacer nunca se acaba pero el cuerpo, poco a poco, se va venciendo.

El motel, mi segundo y último empleo

Dejé el hotel y, como me quedaba más cerca de casa, decidí trabajar en un motel. Luego la gente cree que los hoteles son más “decentes” pero para mí la diferencia está en que en un hotel puedes hospedarte con el precio de tu habitación 24 horas y en el motel solo 12. Pero en los moteles, la verdad, es que hay poca gente que ocupa todo ese tiempo. Choferes que necesitan descansar para seguir su camino, quizá. El resto, en promedio, va entre 30 minutos y tres o cuatro horas.

Obviamente, en los hoteles y moteles trabajamos más mujeres que hombres y aquí, cada una ya trae su propia historia de violencia: a las que no las dejó el marido, las violaron sus padres o no las dejan estudiar y tienen que hacerse de este empleo para salir adelante y pagarse la escuela. En donde ahora trabajo, de diez personas divididas en tres turnos, ocho somos mujeres (tres recamareras, una recepcionista y un hombre de mantenimiento de 8 a 16 hrs; tres recamareras y una recepcionista de 16 a 24 horas; un velador de 1 a 8 horas).

En los moteles hay mucho movimiento, a veces en un solo día llegamos a meter hasta 60 carros. Imagínese cuánto dinero si, aunque estés media hora te cobran 300 pesos por estar ahí. Esos son los días buenos pero también los hay regulares. En los hoteles entra menos gente pero los costos por habitación son más caros.

Entre cuartos: historias de clientes

¿Sabe cuántas personas y qué historias nos toca ver? Le voy a contar algunas:

Varias veces nos hemos asustado al ver cómo las mujeres salen corriendo de las habitaciones porque las traen a la fuerza y en cuanto tienen una oportunidad se escapan; en otras ocasiones nos sorprendemos de entrar a los baños y mirarlos llenos de sangre -una se da cuenta que aquí se hacen abortos y no queda más que desear que las chamacas estén bien-.

O sea que no solo hemos padecido la violencia en nuestros propios cuerpos, en nuestras casas, si no que diariamente somos testigas de la violencia que padecen otras mujeres. Una no se da cuenta de momento, pero claro que a la larga afecta. Yo, por ejemplo, siempre le dije a mi hija que se fijara con qué hombre se iba a meter no la fuera a llevar a uno de estos lugares a la fuerza, le conté sólo las historias feas que pasaban aquí y le dije también “todos son unos desgraciados” y ahora creo que la única desgracia es que solo le deposité el miedo que yo misma sentía.

Pero, pasando a otras historias, fíjese que durante mucho tiempo, nos tocó ver a un muchacho que venía cada fin de semana. Pedía toallas sanitarias, whisky y popotes. No entendíamos para qué quería las toallas. De curiosidad, hasta le comenzamos a revisar su



O sea que no solo hemos padecido la violencia en nuestros propios cuerpos, en nuestras casas, si no que diariamente somos testigas de la violencia que padecen otras mujeres. Una no se da cuenta de momento, pero claro que a la larga afecta.

basura antes de tirarla y más aumentó nuestra intriga porque había etiquetas de ropa interior de mujer. Un día llegó un taxi y dijo que venía por Diana que estaba en la habitación 115. Entonces nos dimos cuenta: él era ella. ¿Sabe? Casi enfrente de donde trabajo hay un bar, uno de los meseros era gay y a veces venía a comprar sopas Maruchan para comer -en recepción se venden alimentos por si alguien en una habitación los solicita-. Algunas veces venía todo golpeado y le preguntábamos por qué seguía trabajando ahí y él res-

pondía que no era que él quisiera ese tipo de empleo, pero no lo contrataban en otros. A veces uno piensa que su vida es muy difícil pero de verdad que hay vidas todavía más duras.

La historia del cliente de la 115 se me quedó muy grabada junto con la de una pareja que durante más de un año venía cada viernes. Hasta se hicieron amigos de varias de nosotras y nos traían pizzas en algunas ocasiones. Un día que llegaron ella venía muy triste, ni siquiera volteó a mirarnos y cuándo le preguntamos a él qué pasaba nos dijo: “Mañana se casa”. Nosotras pensando que eran la pareja más feliz del mundo y resulta que eran amantes. Nunca más los volvimos a ver y nos quedará la duda de por qué dos gentes que se querían tanto acabaron con otras personas, aunque seguramente él era casado.

Pero esa historia tiene su revés en otra de un cliente que había estado con un muchacho que luego salió solo de la habitación. De pronto, el cliente llamó a recepción y empezó a reclamar que habían dejado entrar al joven y que le había robado sus cosas, cuando en verdad, el chico llegó con él. Le marcó a su esposa, mandaron a traer a la policía y cuando se revisaron las cámaras de los pasillos se pudo ver que llegaron juntos. Una corre

riesgos en estos trabajos, hay gente que está borracha o drogada y a la que de pronto le salen sus fantasmas. Nosotras siempre tenemos la historia incompleta ¿qué habrá pasado después de que esta señora confirmó que su marido tenía relaciones con un muchachito? Obviamente, ella ya lo sospechaba porque cuando entró, incluso describió al joven, pero al tener las pruebas tan claras quién sabe qué decisiones tomó porque vale decir que la policía entró a la habitación y pudo ver los dos vasos que habían ocupado para estar tomando y los condones tirados en la alfombra.



...Acá todas, nos curamos de espanto. Cada habitación guarda muchas historias, algunas terribles y otras de placer.

Acá, todas, nos curamos de espanto. Cada habitación guarda muchas historias, algunas terribles y otras de placer. A veces, vamos en los pasillos con nuestros carritos de limpieza, de una habitación a otra y se escuchan los gemidos. Solo nos da risa.

Rompiendo con los prejuicios

La verdad, a mí al principio me daba pena decir que trabajaba en un motel porque pensaba que iban a decir que yo era una “cochina” por trabajar en esos lugares. Tenía la idea de que solo venían hombres con prostitutas, pero no. Acá viene todo el mundo: desde niños de 15 ó 16 años que quieren experimentar, maestros infieles, estudiantes que terminan aquí sus fiestas, mujeres que tienen al marido en Estados Unidos y le dan “vuelo a la hilacha”. Todo tipo de gente, sin discriminación. El sexo es un buen negocio para mis jefes. Nosotras hacemos las camas pero nunca las destendemos. Con el tiempo me fui dando cuenta que no hay nada de malo en mi trabajo y tampoco en la búsqueda de la felicidad o el placer, pero sí hay algo triste que se refleja en los moteles y es todo lo doble moral que somos como sociedad, al grado de obligar a una mujer a abortar en la clandestinidad, o a un travesti a esconderse en un cuarto para poder ser ella... los moteles y sus cuartos son lugares donde se hace lo que afuera no se puede, lo que afuera está “prohibido”.

Nosotras hacemos las camas pero nunca las destendemos... no hay nada de malo en mi trabajo y tampoco en la búsqueda de la felicidad o el placer, pero sí hay algo triste que se refleja en los moteles y es todo lo doble moral que somos como sociedad... los moteles y sus cuartos son lugares donde se hace lo que afuera no se puede...

Yo ya nunca me volví a casar, ni siquiera a tener un novio porque pensaba mucho en el “qué dirán”. Cuando me separé, mi padre me dijo: “Ya supiste lo que es tener marido, lo que es tener hijos. Ya nada tienes que buscar que no sea sacar a estos chamacos adelante” y en eso puse mi empeño. No me arrepiento, pero es verdad que los hijos crecen y se van y, aunque a veces me siento sola, también es real que ya no me veo preguntándole a alguien más qué vamos a hacer, a dónde quieres ir, qué comemos hoy. No. Después de tantos años, hago lo que quiero, como lo que se me antoja y disfruto estar en mi casa con mis perros, tomar una siesta en la tarde, ver la televisión sin preocuparme por nada. Esta es mi felicidad y aunque muchas veces la gente, mis propios hijos, me insistieron en que me volviera a enamorar no tuve tiempo ni ganas y ahora menos. Me costó tanto está tranquilidad que siento que difícilmente la apuesto por alguien.

Pienso que algunas de nosotras hemos empezado a romper nuestros prejuicios en este trabajo, por ejemplo, mi hija se separó recientemente y yo no le he dicho que no vuelva a estar con nadie como a mí me lo dijo mi papá. Creo que si ella quiere, siendo joven, puede volver a juntarse con otro muchacho. Eso no es pecado ni tiene nada de malo. Al final, cada quien tiene que decidir qué quiere hacer con su vida.

Otra cosa por la que creo que estamos cambiando las recamareras es que aunque no sabemos nada de feminismo -pero, como puede ver, experiencia tenemos en cosas de violencia-, ahora que fue la huelga del 9 de marzo [2020] nos quisimos sumar pero no podíamos parar porque vivimos al día, así que nos organizamos y decidimos no usar nuestra blusa del uniforme y traernos unas playeras moradas. Yo ni tenía pero le pedí a mi hija que me prestara dos, la mía y la que le presté a otra compañera. Quizá nadie se da cuenta pero nosotras nunca nos habíamos organizado para algo así y lo hicimos porque la verdad sí son chingaderas que haya tantas mujeres maltratadas, asesinadas o desaparecidas. Mi jefe solo se nos quedó viendo, pienso que estaba tan fuerte en la televisión y todos los medios de comunicación este movimiento que no se atrevió a decirnos nada, ni para bien ni para mal.

No crea que yo siempre fui así. Ya tengo casi 18 años en el motel y he ido cambiando mi manera de pensar por eso de escuchar y ver tantas historias. Así es

la vida y cada quien tiene que aprender de lo que le pasa. Además los hijos también la cambian a una porque son otra generación, quieren otras cosas y tienen otras ideas. Yo crecí con muchas prohibiciones y siendo obediente de ellas y, tanto mi hija como mi hijo, se la pasan diciéndome que quieren libertad; yo les digo que se casen, que tengan familia y ellos siguen estando solteros; llegó un momento en que tuve que decidir si quería vivir peleando con ellos o entendía que ya estaban grandes y que, como los árboles, si estaban “chuecos, derechos o de costado” solo me quedaba aceptarlos e intentar platicar para entender por qué piensan como lo hacen. A veces, de todas maneras, no estoy de acuerdo con su forma de vida, ni ellos con la mía pero como les digo “si es tu cuerpo y te sudó el culo para ganar ese dinero, haz lo que quieras, pero piensa que el tiempo pasa y que no siempre tendrás la edad que tienes, así que cuídate y ahorra porque la vida es como la rueda de la fortuna: a veces estás arriba, a veces estás abajo y hay que estar preparado para ambas situaciones”.

El Coronavirus

Durante todos esos años, he ido y venido caminando -40 min, cada vez- porque quería hacer mi casa, que mis hijos estudiaran y para eso, yo tenía que ahorrar lo más que podía. Ambas cosas se cumplieron y ya me

...No crea que yo siempre fui así. Ya tengo casi 18 años en el motel y he ido cambiando mi manera de pensar por eso de escuchar y ver tantas historias.

faltan pocos años para jubilarme pero, a veces, me da miedo. Son tiempos difíciles, como ahora esto del Coronavirus. En mi trabajo tuvimos que cerrar, yo nunca pensé que eso fuera a pasar porque los patrones nunca pierden; la joden a una pero ellos nunca pierden. No entiendo muy bien qué es este virus, pero debe ser muy grave para que se haya cerrado. Despidieron a tres personas que tenían menos de un mes y quienes aún no tenían Seguro Social, a las que tenemos más tiempo nos han contado unos días de cuarentena como vacaciones, luego, nos van a pagar el salario mínimo y tendremos que ir uno que otro día a la semana para estar al pendiente de las cosas. Pienso en las señoras que despidieron, una tiene dos hijitos pequeños, con todo esto tampoco es que va a conseguir pronto otro empleo y, de todas maneras, saldrá a la calle aunque sea a vender gelatinas o algo porque si no, de qué se va a mantener. Otra es una señora que se había venido del Istmo por toda la violencia que hay allá, acá está pagando renta y ahora es desempleada ¿no es esto otro tipo de violencia? ¿O no es violencia vivir con miedo, también? Fíjese, viene mi hija y me dice: “Mami, ya no camines sobre la carretera, mejor ve en mototaxis ¿no ves las noticias? Hay muchas mujeres desaparecidas” yo siempre le digo que no me va a pasar nada, tengo muchos años yendo y viniendo así, la gente ya me conoce pero ahora ya vino a regañarme: “Mami, ya no vayas y vengas



caminando que no ves que está todo eso del virus? Le contesto que, al final de algo nos tenemos que morir, que no se asuste porque si uno tiene miedo es capaz de dejar de hacer muchas cosas, de inmovilizarse y yo no quiero eso para mí o para ella.

Por más que el gobierno diga que hay que quedarse en casa nosotras no podemos. La mayoría de las recamareras somos el sostén de la familia y, ahora sí que como dicen por ahí, o nos morimos de hambre en nuestras casas o nos morimos por el coronavirus al salir a la calle.

Además me preocupan mis hijos, que tal que a ellos los despiden. Antes, pensaba que el día que yo estuviera grande ellos me iban a mantener pero ahora, viendo la situación, quién sabe.

Siempre les digo que fue bueno que pudieron estudiar pero que si no encuentran trabajo de eso en lo que se formaron no importa, que se dediquen a otra cosa porque todo trabajo es digno mientras uno no le haga daño a nadie. Lo que importa es que tengan que comer.



Por eso, cuando me jubile, quiero volver a mi pueblo. Sembrar plantas, criar animales. Allá no le faltan a una los frijoles o el maíz pero en la ciudad está difícil, cada vez más difícil. Espero que mis hijos aprendan eso también, aprendan a querer el campo porque el día de

mañana es lo único, quizá, que podrá salvarlos.

No es la primera vez que atravesamos tiempos difíciles, por eso lo digo. Cuando fui niña pasamos mucha hambre, yo tuve polio y durante meses no pude caminar, había también varias crisis ¿y

qué fue lo que nos salvó? el campo, la familia, el saber compartir. Cosas que una aprende desde chica en el pueblo, cuando le lleva guelaguetza a los familiares de un difundo o cuando alguien va a tener otro tipo de compromisos fuertes. La solidaridad, pues.

...nosotras, las recamareras nos reuniremos una vez más en la lavandería, a enjuagar las colchas sudadas y doblar las sábanas limpias, mientras nos contamos nuestra vida o alguna cosa curiosa o trágica que hayamos visto en cualquiera de los cuartos al limpiarlos –nadie mejor que nosotras sabe cuántas historias se pueden recrear desde la basura y los deshechos corporales-.

La lavandería: el cuarto de nuestras historias

Destinamos una hora a doblar la ropa en el “cuarto de nuestras historias” que es la lavandería. En general es un oficio solitario el ser recamarera, nos dividimos los cuartos y cada una los limpia como puede. Pero este rato en la lavandería, nos ayuda a saber más de nosotras, a conversar, a saber de nuestras enfermedades, nuestros hijos, nuestras carencias o alegrías. Una hora al día para hablar es necesaria. Yo he descubierto ahí, que pese a todo lo difícil que a veces siento que ha sido mi vida soy afortunada, he aprendido que las mujeres somos muy fuertes, la de cosas que pasamos y tenemos que salir a la vida y seguir trabajando e intentando sacar adelante a nuestras familias. También, como ya dije, somos contadoras de historias, inventoras de finales y no solo de los clientes si no también de quienes dejan el empleo. A veces, alguien ya no regresa y nos preguntamos por qué no dijo nada, cómo habrá terminado alguna cosa que nos contó. Aunque en la mayoría de ocasiones es porque consiguen un empleo mejor pagado o menos matado. A algunas –sobre todo las recamareras y recepcionista de la tarde- sus parejas machistas les piden ya no trabajar acá porque salen a media noche y si no pueden venir a traerlas y se tienen que quedar a dormir en el cuarto de servicio ellos sienten celos y las presionan para que dejen su empleo.

Obviamente, no todo es miel sobre hojuelas. También peleamos: ¿Quién agarró mi carro de limpieza y des-

acomodó las toallas? ¿Por qué Fulanita hoy tiene menos habitaciones para limpiar que yo? ¿Quién le dijo al jefe que hablamos de tal o cuál cosa? ¿Por qué otra vez no vino Perenganita y tenemos que hacer más cuartos? En fin. Cosas que pasan en todas partes, “hasta en las mejores familias”, como dice el dicho y, como en todas las familias, nos volvemos a hablar, nos perdonamos y seguimos juntas por el tiempo que se puede.

Pienso que cuando pase todo esto del coronavirus, se abran de nuevo las puertas a los clientes y éstos les digan a sus esposas que salen a correr de 6 a 7 de la mañana mientras los vemos pagar la cuenta del lugar o las jóvenes les digan a sus mamás que harán tarea en casa de una amiga mientras toman un taxi para llegar aquí o una pareja inicie sus relaciones sexuales en estos rincones, nosotras, las recamareras nos reuniremos una vez más en la lavandería, a enjuagar las colchas sudadas y doblar las sábanas limpias, mientras nos contamos nuestra vida o alguna cosa curiosa o trágica que hayamos visto en cualquiera de los cuartos al limpiarlos –nadie mejor que nosotras sabe cuántas historias se pueden recrear desde la basura y los deshechos corporales-. Como antes, nos sentiremos escuchadas unas y otras que es lo que nos ha aliviado el alma frente a otras pandemias como la violencia que hemos vivido y visto al ir de habitación en habitación con una escoba, agua, jabón y la espalda rota.

En 2007, Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca AC, junto con otras organizaciones editó el documento titulado *Voces de la Valentía en Oaxaca. Violaciones a los derechos humanos de las mujeres en el conflicto social y político*. Allí se dio cuenta de la importante participación que las mujeres tuvimos en el movimiento de 2006. Esta serie es, de alguna manera, la continuación de aquél interés por escuchar y visibilizar a las mujeres que marcan el rumbo de nuestro estado.

Con la serie *Voces de la valentía: Mujeres en primer plano* queremos contribuir a posicionar las historias, vivencias y aspiraciones de grupos de mujeres diversas que día a día aportan a la construcción de la sociedad oaxaqueña y del reconocimiento y ejercicio de los derechos humanos y cuyas voces, frecuentemente son silenciadas.

Nuestro esfuerzo está encaminado a interpelar a la sociedad en su conjunto y a las instituciones de gobierno a quienes les corresponde atender las necesidades de las colectividades sociales de mujeres que, número con número, irán apareciendo en esta serie. Aspiramos a sensibilizar a la población respecto a las ideas, demandas, sabidurías y aspiraciones de estos grupos de mujeres.

Voces de la valentía: Mujeres en primer plano es en síntesis, un espacio en el que las y los lectores podrán conocer a quienes, -a través de entrevistas, descripciones, análisis, e imágenes- nos compartirán una parte de su vida y su lucha. Usted tendrá la posibilidad de dialogar con ellas y consigo mism@, reconfigurando o reafirmando sus creencias, hermanándose, dudando, dejándose sentir. Como en todo texto, quien lee tiene la última palabra y la capacidad para reinventar y reescribir la historia. Ese es nuestro sueño.

Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca AC

